



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12883

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península - Un mes, 2 ptas - Tres meses, 6 id. - Extranjero - Tres meses 11'25 id - La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. - La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración Mayor, 24

JUEVES 12 DE FEBRERO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. - Corresponsales en París, A. Loroite rue Cauquiart 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Sin fiestas

Entérense bien los de casa: las fiestas de Abril que tanto nombre dieron en los pasados años a la capital de la provincia no se celebran este; la junta que debe organizarlas ha encontrado obstáculos tan grandes que se ha declarado fracasada.

El hecho es muy extraño; las mencionadas fiestas llevaban a Murcia nubes de forasteros, que durante una semana gastaban su dinero como acostumbra gastarlo la gente cuando pretende divertirse: de modo extraordinario, sin pensar en los apuros del mañana.

Ni corrida de toros, ni entierro de la sardina, ni tren bolijo tendrá este año Murcia. Los forasteros se quedarán en casa dedicados al recogimiento ó a las fiestas locales. ¿Para qué salir si no hay fiestas que atraigan?

Y a propósito de fiestas locales: Por esos días de Abril en que Murcia celebraba sus fiestas, se celebran aquí las procesiones.

¿Las habrá este año? Nos figuramos la respuesta, pero rehusamos consignarla. Después de todo, no es nuestra opinión la que se necesita, sino la de aquellos que ponen dinero y trabajo en esas fiestas, ni somos nosotros los que las realizan. Si aquellos quieren se quedarán en casa; pero en tal caso ocurrirá en Cartagena lo que en Murcia: no habrá forasteros.

¿Le tiene cuenta eso a la industria? ¿Le conviene al comercio? Pues si ambos no sacan provecho del reposo, pongánsen en movimien-

to por que la hora de tratar del asunto esta cercana

¡Y tan cercana! Precisamente el lunes proximo se reunen los marrajos. No sabemos lo que tratarán. Tal vez de cuentas y renovación de cargos. Quizá, de procesiones, por que ya está cerca la Semana Santa.

Si es así hay que aprovechar la ocasión; pero por si acaso no se trata de eso, bueno sería que se interesara a los hermanos para que llevaran a la junta la expresión del deseo de que haya procesiones.

LIBRETAZOS

Ya sabemos donde se encuentra el Rishi.

Está en Tazza, organizando las fuerzas que le siguen, que son veinte mil, para bajar de nuevo al llano en busca del Sul tán.

Ese hombre es admirable. Tan pronto sube como baja.

Y ó le vemos ahorcado al estilo morano, por un pié, ó le vemos sentado en el trono del emperador.

No hace una semana estaba fugitivo y casi prisionero.

Y ahora está farruco buscando pelea.

Telegrafían al «Diario de Murcia»:

«La cues ión obrera tiene peor aspecto en toda España.»

No puede ser, porque ha dicho Silvela lo contrario.

La situación mejora.

Y cuando él lo dice...

Pregunta un periódico de Murcia si habrá festejos en dicha ciudad el mes de Abril.

Antes que á ese hay que contestar á esto otro:

¿Habrá dinero?

Porque cuando no lo hay, fracasa todo.

Contra eso no puede nada la mejor voluntad.

Leemos:

«Hemos oido decir que en una calle de Madrid, en la esquina de la izquierda, que no tiene ni una sola casa, aunque sí muchos árboles, figuran en el censo sesenta ó setenta vecinos.»

Serán gorriones.

¿Qué castigo se impondría á esos electores imaginarios si triunfara el criterio de Motero Ríos haciendo obligatorio el voto?

MICROSCOPICAS

¡Ochenta islas barridas por el agua! ¡Muchos miles de seres ahogados!

¡Qué horror!

¡Qué terrible es la naturaleza cuando hace alarde de su poderío y qué inmenso es este!

Apenas se concibe lo que ha pasado en esas islas de la Sociedad.

¡Fue un terremoto lo que agitó las aguas haciéndolas subir á increíble nivel! ¡Fue el viento convertido de pronto en huracán!

Los supervivientes no podrán decirlo. Actores en la horrible tragedia, no pudieron tener serenidad para apreciarlo. En esos momentos de angustia, á los cuales por milagro sobrevive el hombre, sólo obra el instinto de conservación y este no razona, ni conserva pasado el peligro, otra sensación que la del miedo.

¿Qué pasó? Dios lo sabe. Sopló el viento; se alborotó la mar; barrió el oleaje la playa; asaltó la costa y se produjo un fuño y refuño espantoso.

Los espantados habitantes corrieron ante el agua que les perseguía; pero la ola formidable, rugiente, ganó el llano con empuje increíble y dejó sembrada en su infernal camino la desolación y la muerte.

¿Ha pasado así? ¡Fue terremoto que hizo bailar las olas en danza formidable! ¡Fue el viento que las empujó con rabia loca!

¿Qué importa! Fue una noche de horrores; un desamparo de la naturaleza que ha costado millares de vidas y que ha arrancado de todos los pechos un grito de horror.

RAUL.

COSAS DE HOY

Que ocurran muchas cosas ahora, que tienen mucha trascendencia, es sabido y por sabido olvidado. Que todas lleven el sello de la época y la marca de la generación que las realiza, es cosa también olvidada, pero por esto nos hemos de ocupar nosotros y hemos de entretener á los lectores con esta prosa mal hilvanada, entre la que aparece alguna observación provechosa.

La cuestión social, cosa de ahora, del momento, palpitante, con una tenebrosa actualidad, preocupan hondamente á los hombres que piensan; tiene absorbidos á los que se ocupan de la cuestión magna, del estado de relaciones actual del rico con el pobre, del capital con el trabajo.

Ahora en estos días, cuestiones de tanta gravedad como las de Reus y Valladolid, absorben la atención de los gobernantes, entretienen á los hombres que dan á la filosofía toda la inteligencia.

Es pavoroso el problema. Yo no he de apuntar en este artículo, que si la culpa proviene de esta ó de la otra clase; yo no voy á fastigar con la crítica ni á tirios ni á troyanos, porque eso sería dar á mi trabajo la cualidad de controversia y provocar quizás una enconada discusión con los azules ó con los rojos.

Hemos de huir de todo ello; hemos de concretarnos á croniquear lo que pasa, llorando sinceramente sobre tan horribles extravíos de la opinión, sobre pasos tan dolorosos de la humanidad.

Muchas circunstancias y muchos componentes entran en la formación de tan lamentable estado, no siendo los menos lo que se refiere á predicaciones malsanas lanzadas por «apóstoles» desaprensivos que no meditan, sin duda por ignorante buena fé, la gravedad de sus doctrinas, el alcance de su enseñanza eminentemente revolucionaria y perturbadora.

Y no diga nadie á esto, que este es el progreso, que esta es la verdadera civilización.

Quizá no haya en España quien sienta con más vehemencia el espíritu en ímpetus progresivos y civilizadores que yo; podrá haber quien me iguale, pero no quien me

aventeje en estos deseos, que yo califico de sublimes. Mas enamorado de un fin, ese fin á que debe aspirar el hombre y que yo creo el fin indiscutible de la humanidad, tengo que desterrar y proscribir los medios, que sincera y francamente creo que puedan apartarnos del camino que á ese fin nos conduzca.

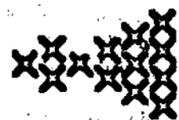
Y aquí está la cuestión que nos separa: yo quiero el progreso, como lo quiere toda esta generación; pero para llegar al progreso ó ir perfeccionando á la humanidad para llegar al fin último que la creación prescribe, entiendo leal y concienzudamente, que los medios que se emplean no son los más adecuados.

Hay poca voluntad para arreglar el problema; estoy seguro, que en la cuestión social pasa lo que en dos personas que no ponen empeño en entenderse y que concluyen de mala manera, como terminarían un raso y un inglés que discutieran por música.

El problema en sí tiene importancia y gravedad; pero es la gravedad y la importancia que tiene cualquier detalle en las negociaciones de dos gabinetes de potencias poderosas, divergencia que puede concluir en la guerra y que puede terminar en la paz, con un tratado de comercio.

Y esto pasa á mi juicio, en el problema social universal, si bien en el que afecta solamente á España, hay que convenir que la situación económica en general del país, lo agrava y lo centuplica, porque el estado de la industria y los gravámenes que tiene el capital, colocan á los propietarios en situación bastante emberazosa, como para no poder hacer nada en bien del obrero, pues ocurre á veces que el patrono tiene menos que sus empleados.

Estas son cosas de hoy, de lamentable, pero de indiscutible actualidad. Veamos minuciosamente la sección de telegramas de este diario, y diariamente saltarán á los ojos noticias tan dolorosas como las de estos días, sobre el estado en que se encuentran los obreros de Valladolid y el caso en que se ven los obreros y los fabricantes de Reus, amén de alguna otra insignificante. Esto preocupa sólidamente á los gobiernos; tiene apesadumbrados á los hombres de buena voluntad; y yo que no tengo nada de bueno, pero que tengo mucha voluntad



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



Yo hubiera querido averiguar quién podía ser aquel individuo, hidalgo ó exonerado, y sin darme cuenta de que su mirada, es decir, la mirada de un oficial desconocido, le turbaba, me puse á examinar detenidamente su atavío y su exterior.

Podía tener treinta años. Sus ojos, los grises y redondos, tenían un aspecto adormecido y al mismo tiempo inquieto, bajo la suya piel blanca de cuerno de su gerra echada sobre la cara. La gruesa nariz,

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 191

hielo, ligeras columnas de humo azulado. Fuera del campamento, y hacia un arroyo, iban bajando lentamente los cosacos, los dragones y los artilleros, conduciendo los caballos que relinchaban y piafaban, y volviéndolos luego del abrevadero.

Empezaba á oscurecer; todos los ruidos se parecían con extraordinaria claridad, y la vista alcanzaba á gran distancia por la llanura á través de la pura y diáfana atmósfera. Los reducidos grupos de enemigos que ya no llamaban la atención de los soldados, se diseminaban tranquilamente por las amarillentas chozas de los campos de maíz, y á trechos, entre los árboles, aparecían las altas tumbas de los cementerios á las aldeas con los humos de sus hogares.

Nuestra tienda estaba sentada no lejos de las piezas, en un sitio seco y elevado, desde el que se dominaba vasto horizonte. Cerca de ella, y enfrente de la batería, habíamos establecido un juego de bolos sobre un suelo bien limpio. Los soldados nos habían dispuesto á toda prisa bancos de rejilla y una mesa. Aquellas comodidades hacían el sitio agradable á nuestros camaradas (los oficiales de artillería y algunos de infantería), que les gustaba también reunirse en nuestra batería, á cuyo sitio llamaban «el club». Una tarde muy hermosa, se habían reunido allí los mejores jugadores, y estábamos jugando una partida de bolos. El abanderado D..., el teniente O... y yo;